DEDICATORIA

(A mi hijo Juan de la Cruz, dedicándole el libro "Voces y acompañamientos para San Mateo".)

EN medio de la noche oigo el llanto del hijo
cargado de razón frente a la noche grave
y al mundo que le aguarda; y pienso para entonces,
y querría contarle de mi sola esperanza.

Desde el mirador alto de mi piso repaso
las luces soñolientas de Roma; y en lo negro
cerros antiguos, nombres ilustres, ruinas, montes:
la pila de vecinos me sostiene, dormida.

Yo, poeta vulgar y ciudadano apenas
extravagante, miro desde la medianoche,
perdiendo la costumbre de lo sublime, y digo:
Señor, yo me he quedado en medio de tu pueblo.

Sobre la tentación de la cumbre y las águilas,
la soledad hermosa voceando el destino,
sobre el cansado afán de un silencio en Tus brazos,
del secreto abandono a Tu faz de tiniebla,

pudo más mi mortal instinto de lenguaje,
mi tal vez dulce error de hablar, y la palabra
me ha sumergido en medio del hombre, en la materia
común, para quemarla sin disipar lo oscuro.

Aquí estoy comenzando, en mi casa pequeña,
mi isla donde poner el pie sobre la tierra;
hecho dos para siempre, la esposa redoblándome,
y el primer hijo avanza, mientras yo me detengo.

Me siento en la verdad, mortal o saludable,
pero verdad detrás de la voz; desde donde
puedo amar a la turba, con frío amor lejano
de mirada y palabra para la cruz de todos.

El mundo lo acepté: su invitación a almuerzo,
a su baile aburrido de discos, a su angustia,
a su sueldo pequeño, a su cariño: ahora
más que desde la fe, hablo desde el olvido.

Pero a veces me ahogo: el corazón me pesa
demasiado de barro; como una gruesa ropa,
los días del amor y la inquietud se agolpan
de mañana hacia el fin, por la ceguera abajo.

Y como toma el músico su arco, y el cuerpo exacto
de madera, y ordena el aire en armonía,
quiero alargar la mano y acariciar Tu nombre
de hombre, para aliviar la gravedad del tiempo.

ENVÍO:

Hijo, que traes saltando tu gota de alegría
pura como la lluvia, guarda este libro, y cuando
te hagas más grande y triste, te dirá dónde mana
el gozo, la palabra del cariño de Cristo.

Roma, 1954.

JOSÉ MARÍA VALVERDE